

¿Quién como Fidencito?

■ ■ J.R.M. Ávila

El tren se detiene en Espinazo por más tiempo del que acostumbra. Nadie se explica el porqué de la demora. Como nada hay por hacer mientras se espera el alivio, los acompañantes de los enfermos se apiñan para enterarse de lo que sucede. Al parecer, los pasajeros que debían bajar, ya lo han hecho. Sin embargo, hay trajín adentro del tren.

¿Ha muerto alguien? ¿Esperan a que llegue alguna autoridad a dar fe? Todo se va en especulaciones hasta que alguien dice: “Es un gordo con el que están batallando, porque apenas lo pueden mover”. “Que es un gordo que está inválido”. “Que es un gordo que traen en una camilla y no pueden bajarlo ni entre seis hombres”. “Que es un gordo y pesa más porque viene dormido y no lo pueden despertar”. El rumor cunde, se tergiversa y provoca más incertidumbre todavía.

Finalmente aparece un hombre obeso, aunque no tanto como el rumor se ha empeñado en hacer creer. Ni va en camilla ni dormido ni es inválido. Se ha incorporado con dificultad para bajar y acomodarse en una silla de ruedas. Apenas la echan a rodar, un silbato se deja oír y se reanuda el viaje del tren. ¿Qué sucede con este hombre? ¿Cómo es que se queja tanto si no se ve grave?

Ante el revuelo, los enfermos que esperan desde hace días le ceden el lugar, pues suponen que lo de ellos es un dolor de nada, sin importancia. Fidencio lo conduce a su humilde consultorio y quienes esperan se ven ávidos de saber cuál es la dolencia del recién llegado. Lo que más asombra es que la quejumbre del hombre se silencia apenas queda a solas con

el curandero. “¡Qué tan bueno para curar no será Fidencito!”, dice alguien, mientras los ojos contentos se ven unos a otros, con esperanza creciente.

Una de las ayudantes entra con una vasija llena de agua y al salir le preguntan de qué está enfermo el hombre. “De váriz”, dice, y nada más agrega. Se miran extrañados. Debe ser una enfermedad de ciudad. “¿Y eso qué es?”, dice un niño. “Es cuando las venas se hinchan. Dicen que duelen mucho porque la sangre como que se cuaja y no se mueve. Por eso el hombre casi llora”. “Mi abuela murió de eso. Dizque es enfermedad de mujeres, sobre todo cuando están embarazadas”. “No, si uno se la pasa de pie, sea mujer u hombre, le da. Y siempre se carga en las piernas y en los pies”.

Tras hora y media, sale Fidencio y sigue atendiendo enfermos. Así se la pasa hasta el oscurecer, en que regresa a su consultorio. La gente se dispersa para cenar según sus posibilidades y a dormir tratando de no escuchar cómo se agravan los enfermos y se retuercen en quejidos y llanto en la oscuridad. Entre los pocos que no pasan mala noche se encuentra el varicoso. Dos días después, radiante, aborda por su propio pie el tren, que se detiene justo el tiempo que acostumbra. Quedan sólo rumores: que el hombre tenía várices desde niño, que había consultado con los doctores de México sin buenos resultados, que ni siquiera en Nueva York le habían hallado remedio. “¡Qué tan bueno para curar no será Fidencito!”, dice el eco.

Llegan enfermos a quienes nadie se atreve a ver, tocar o auscultar. No por miedo a contagiarse, ni por asco, ni porque vienen boqueando o al borde de la muerte. Es por miedo a empeorar la situación del paciente. ¿De qué sirve obrar una curación si en lugar de mejorarlo se le manda a la tumba? ¿Cómo va a arriesgar un médico así su reputación?

*Fragmento del libro *Fidencio, el Niño*, publicado por el Centro de Información de Historia Regional-Hacienda San Pedro, UANL, 2026.

Autor de los libros *Ave Fénix*, *Relámpagos que fueron* y *La Guerra Pérdida*. Ha publicado en las revistas *Entorno*, *Política del Noreste* y *A Lápiz* de la UPN Unidad 19B de Guadalupe, N. L.; *Entorno Universitario* de la Preparatoria 16, Reforma Siglo XXI de la Preparatoria 3, *Polifonías* de la Preparatoria 9 y *Conciencia Libre*.
Correo: jrmavila@yahoo.com.mx

Por más preparado que esté un médico, no intenta apaciguarlos con palabras de esperanza. Al contrario, emite su diagnóstico casi como una sentencia, sin ponerse por un momento en el lugar de estos enfermos. Sus frases de desahucio son contundentes. Matan más que la mismísima enfermedad: “Es inútil intentar una operación, usted ya no tiene remedio”, dirá alguno. “¿Qué anda haciendo aquí exponiéndose a morir en la calle?”, dirá otro. “Lo único que puedo hacer es aconsejarle que se vaya a su casa a bien morir”, será otra atrocidad de sabiduría médica. “Mejor váyase a morir cómodo en un rincón de su casa”, será otra frase que pretende ser misericordiosa.

Y el enfermo, que nada sabe de medicina, pero se ha doctorado en dolor, no puede más que aceptar la sentencia. ¿Cómo va a saber más un enfermo terminal que un médico que se ha pasado tanto tiempo quemándose las pestañas en la universidad?

Además, ¿cómo va a aspirar al alivio un enfermo que se encuentra en la miseria, sin trabajo, sin medios para pagar un servicio de salud? Por supuesto, el médico pone por delante el tema del pago. No lo acepta en especie. Lo que cuenta es el dinero: monedas sonantes y billetes contantes que compensen sus estudios. Es la merecida retribución que pretende obtener en premio a sus desvelos de estudiante.

La medicina que cuesta poco se deja para instituciones que dan a cambio una salud que por barata no puede durar. ¿Cómo perder el tiempo tratando de curar a los pobres que salen hasta por debajo de las piedras y no en ricos que pueden pagar por una mejor muerte? Al fin, los deudos de los ricos no reclaman una muerte, al contrario, hasta la esperan con tal de heredar. En cambio, los pobres están desahuciados mucho antes de enfermar. ¿Qué caso tiene gastar el tiempo en ellos?

Ante este panorama, ¿cómo no va a llegar la marabunta ante Fidencio? Él no les niega sus servicios, no los da por perdidos ni por muertos, no les escatima la esperanza ni les cobra por rescatarlos de la muerte. No teme contagiarse de sus males ni empeorar su situación. Como si separase maíz de frijol, opera heridas purulentas y las desembaraza de puses o tumores. El médico de los miserables no se porta como los médicos acreditados por sus estudios. Por eso los pobres lo buscan.

Una de las enfermedades más temibles en los tiempos que corren es la lepra. Nadie sabe cómo se contagia. Aunque mucho se dice que se contrae al tener contacto con un leproso, sigue siendo un misterio porque a veces aparece en una persona mucho tiempo después, cuando ya ni se recuerda al leproso con que se tuvo contacto. Es como un hechizo oscuro, una especie de castigo cuya razón se desconoce.

La enfermedad no respeta a pobres ni a ricos. No se necesita mucha ciencia para darse cuenta de que es más complicado para los pobres evitar el contagio. Los ricos pueden aislarse en aposentos seguros y lujosos mientras los pobres trabajan por ellos y para ellos. Los pobres no tienen quién trabaje a su favor. Nadie hará su trabajo si no lo hacen ellos mismos.

Basta pronunciar la palabra lepra para estremecerse. ¿Cómo no temerle si en la iglesia se habla de ella como castigo de Dios? ¿Cómo no rehuirle si los leprosos pobres son intocables y ni siquiera tendrán el consuelo de ser sepultados en tierra bendita? Podía tenerse la esperanza, en tiempos antiguos, de que Jesús los limpiara de esa enfermedad, pero en estos tiempos, ¿quién se atrevería a intentarlo, si no es Fidencio?

Curar un tumor o evacuar de pus a un enfermo es operación para la que no se necesita mucha sabiduría, comparado con curar la lepra. No se trata de sobreponerse a la repugnancia que esa piel blancuzca y carcomida provoca, sino de soportar el aspecto de la nariz, una plasta de carne descompuesta o cicatrizada a medias. ¿Quién se atreve a acercarse a estos enfermos? Nadie más que Fidencio.

Para él no hay obstáculo que le impida ver a un leproso como lo más natural del mundo. Nada lo detiene para tocarlo como si su piel fuera tersa y sana. Si para el resto del mundo es imposible, para él no tiene complicación. No se limita a tocar su piel, sino que se detiene en ella dejándole una caricia. Cualquiera diría que toca a los leprosos como si estuviera en su lugar, él que jamás ha recibido una caricia y sabe lo que se siente. Ahí parece empezar el alivio. No hay rechazo sino aceptación. Para él son personas normales.

¿Cómo va a hacer lo que los otros? ¿Cómo va tener una actitud de rechazo que raye en un odio como el de los demás? Gracias a este acto de piedad y de empatía, estos enfermos condenados a vivir en

soledad, a permanecer alejados de familia y amigos, son vueltos a la vida, rescatados de una muerte prematura que a nadie se le desea. “¿Quién como Fidencito?”.

